

NOTICIA DE LIBROS

JAIME EYZAGUIRRE: *Fisonomía histórica de Chile*. Colec. «Tierra Firme», núm. 41. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires. 1948. (1.ª edic. 198 págs. + 18 láminas. Bibliografía. Índice.)

Con el título de *Fisonomía histórica de Chile*, acaban de recibir las librerías españolas el último libro de Jaime Eyzaguirre, libro recientemente publicado en Méjico. Esta nueva obra del profesor Eyzaguirre, universitario y escritor chileno, que tan grato recuerdo supo dejar de su paso por España, se sitúa en la línea de anteriores publicaciones suyas, como *Hispanoamérica del Dolor y Ventura de Pedro de Valdivia*.

Fisonomía histórica de Chile, prodigiosamente escrito, sugestivo, es un estudio que se propone revelarnos la imagen de un pueblo por su proceso histórico, sin desentrañarla de la tierra madre: con «la tierra y los muertos» del nacionalista lema de Barrés. La interpretación, personalísima, del profesor Eyzaguirre, no es, por lo original, caprichosa. No arranca de las fechas de la Independencia, sino del choque de razas que se produjo en los momentos del descubrimiento. «Porque iniciar automáticamente la existencia de estos pueblos con el año de 1810 —piensa Eyzaguirre— y poner en voluntario olvido trescientos años de vida social en que se forjaron las bases culturales de todo el Continente, es dejar sin significación el curso de los hechos, esconder el punto de convergencia familiar de veinte naciones y entregar, como consecuencia, a las generaciones futuras,

una visión incompleta y adulterada de la historia. La Patria libre no es una extraña flor brotada de súbito y capaz de explicarse por sí misma».

Fiel a ese propósito, Jaime Eyzaguirre levanta su teoría sobre firmes pilares: Prehistoria de la sangre y del espíritu, El crepúsculo de la caballería, La pugna entre lo ético y lo económico, Soberanía política y soberanía social, las aventuras del alma colectiva, Desintegración del imperio, En la noche de la anarquía. Voluntad de nación, Ideología y política, Ser o no ser... Creo ocioso advertir que no se trata de un decálogo de titulillos patéticos, sino de etapas en el desenvolvimiento de la realidad histórica de uno de los pueblos, el chileno, que más precozmente se han caracterizado, por su singular conciencia de soberanía, en el concierto de las naciones.

De ahí la importancia de remontarse a los orígenes. Una colonia oriunda de Argentina, establecida por hombres del Rimac, de Cuzco y la altiplanicie boliviana, elige este nombre: «Chile»: en remembranza de un río del Valle de Quillota, lugar de procedencia de los trasplantados. Una sola palabra, «Chile», que significa «médula», viene a ser como la vértebra de la naciente alma colectiva. Antes, el territorio había sufrido la invasión de los araucanos y frustrado las intenciones de los incas. Después, a pcco, llegaban los «caballeros del valor», con Valdivia, la gran figura del Renacimiento, sagaz estratega, político intuitivo, devoto de la mujer y de la naturaleza...

Páginas adelante, el proceso de la emancipación nacional lo somete Eyzaguirre

guirre a una metodología de sinopsis, cotejándolo con los seguidos por los demás países hispanoamericanos. Siempre Chile ostentará el bien ganado mote con que lo distinguiera, en el siglo XVII, el P. Diego de Rosales; este mote: «Chile, Flandes indiano».

A partir de los capítulos consagrados a la Independencia, el ensayo de Eyzaguirre cobra más vigor y una amplitud panorámica. La génesis del Estado y su orden jurídico; las proyecciones, en el joven Derecho privado, del primitivo régimen paternalista y su concepto aristocrático de la Sociedad; la dramática pugna entre el abismo y el ser, debate de genuinos acentos telúricos, de cuya solución pende el final de la historia; toda la problemática, en fin, de la nacionalidad chilena aparece en el libro de Eyzaguirre esquematizada con ejemplar rigor, con una prodigiosa claridad cordial.

No en vano. Porque Chile, donde la raza se ha mantenido casi totalmente pura, es un bastión de incalculable valor geopolítico. Allí se dan cita el Extremo Oeste y el Extremo Sur, en Punta-Arenas, la ciudad más meridional de los pueblos civilizados. En Chile puede haber puesto para una proyección a las australes tierras del uranio. Y en Chile —Extremadura del Mundo— cabría alzar, a extrema hora, el último reducto de un Occidente amenazado. El meridiano cero de la civilización se desplaza de Este a Oeste. No ha de pasar inadvertido que, en los días que corren, el «Occidente Universal» va camino de América. La tierra se hace pequeña. Por España, precisamente, «el mundo es poco». Y, hoy, la política de gentes ha de ser entendida de muy distinta manera que hace diez años. Chile, país rico, joven, costero, mirando al Este, en un futuro histórico puede evitar que el Occidente, acosado, termine mordiéndose la cola.

Y esa es la consecuencia de alta política histórica que, por lo pronto, nos ha sugerido la lectura de *Fisonomía histórica de Chile*, último libro del hispanista y gran amigo de España, el profesor Jaime Eyzaguirre.

RICARDO LEVENE: *Historia de las ideas sociales argentinas*. Editorial Espasa Calpe, S. A. Colección Austral. 238 págs.

«El desconocimiento de lo nuestro sería fatal para un pueblo cuyo espíritu está abierto a todas las corrientes» —dice el autor como pretexto. Es interesante observar, después de leída esta obra, la característica *anormalidad* del proceso constitutivo cultural de los pueblos americanos, por la conciencia tan honda, y tan propia de civilizaciones que ya han llegado a su vejez, que de su misma vida tienen: conciencia de su evolución histórica juvenil, con todos los instrumentos y la versación de un mundo antiguo, conciencia hasta de sus inconsciencias, característica ésta que reserva a América modalidades de evolución histórica enteramente originales e imprevisibles, y que también explica mucho su fermento social, su revolucionarismo. La inestabilidad como exceso de conciencia histórica, pudiera escribirse...

En la misma «Advertencia», el autor nos avisa que su trabajo lo ha realizado fijándose en «puntos concéntricos, o focos de vida intelectual, con su luz irradiante sobre las épocas históricas respectivas». Esos puntos o individualidades históricas que resumen e iluminan sus respectivas épocas son Moreno, Rivadavia, Alberdi, etc., encarnaciones de los guiones históricos ideológicos tan clásicos: Revolución de mayo, Reforma, Constitución, etc. Levene proyecta su libro como una diputación de grandes figuras representativas que llevan a la historia la voz y el sentimiento, siempre pasivo, de su pueblo. «Las ideas del hombre representativo son las de su época», dice.

Levene es un creyente decidido de la *originalidad*, de la singularidad verdadera de la evolución histórica y social de su patria. En Argentina ha habido dos corrientes que pudiéramos llamar hostiles en la interpretación sociológica: la de Korn, Bunge y, sobre todo, Ingenieros cuyo lema pudiera ser: Somos todavía una copia de:

lo extranjero. Y la corriente de Juan Agustín García y de Levene, que defienden la «peculiaridad» de lo argentino, su sello vivo y personal en esa evolución original que encuentra sus fuentes en lo hispánico y que de allí hace una desviación nacional progresivamente nacionalista, en cuanto son propios y definidamente singulares los hechos y factores de ese nuevo ser social que se define y crece y se cristaliza con potencia histórica con el nombre de Argentina. Esto no obsta, dice el autor, no impide el reconocimiento de las influencias exteriores.

Por lo general, la actitud polémica nace en estos casos por una exageración en el aprecio de los elementos de un campo sin ver los del otro. Como en toda historia, y más en la Argentina, «abierto a todas las corrientes», como dice Levene, la suma de influencias del exterior puede dar vértigo y cegar la vista del historiador. Pero un poco de serenidad basta para reconocer, aun en esos mismos hechos sociales de raíz extranjera, una versión nueva, algo que la nacionalidad marca con su sello: la originalidad larvada, que luego se desarrolla hacia puntos enteramente distintos y sorprendentemente distantes de los del origen. Estas realidades que se persiguen fácilmente hasta en la historia de un romance o de una canción, se presentan con igual evidencia en el desarrollo del pensamiento social de un pueblo. Las ideas de Rousseau, por ejemplo, no han sido todavía estudiadas en su versión extraña junto a las selvas de América o cabe las llanadas. Europa desconoce esas metamorfosis, que no es difícil ver —aunque con otras características— en los escritores yanquis del siglo pasado. También debiéramos buscar a Marx en la revolución mexicana. Marx en los ojos del indio Cárdenas. Estas cosas están por escribirse. Y nos alienta que libros como los de Levene, al menos coloquen los puentes para atravesar ese abismo de copia y plagio europeístas (v. gr.: Ingenieros), que nada tienen que ver con la esencial europeidad de Hispanoamérica.

Levene estudia minuciosamente las huellas de la evolución social argentina, en los casos, como ya se ha dicho, de los tipos claves de su historia. Y se detiene mucho en hacer notar cómo existe una tradición, una continuidad, en esa genealogía de las ideas. Cada generación trasmite a la siguiente las ideas básicas que harán su época. Es decir, según Levene, existe una unidad entrañable en esa evolución. Tomando el cuerpo de la historia independiente, esa unidad sí es entrañable: pero no como evolución o como progreso, sino solamente como dialéctica. Dialéctica de acciones y reacciones, a veces duramente antiargentinas. La destrucción de la economía social campesina, incipiente por el desarrollo brutal del capitalismo ciudadano, nunca podrá ser un progreso, sino el alámico de futuras revoluciones o trastornos en la nacionalidad. Ahora bien: la economía «indiana», lo que hubiera sido un progreso y una americanización «independiente» de las leyes de Indias, no tiene solución de continuidad con el estallido de la economía liberal. Fué una importación. Un injerto ajeno —y sin preparativos— que sacudió violentamente el proceso infantil de la historia americana. Pero exponer el mapa entero de este pensamiento nos desviaría del comentario hasta hacernos escribir un libro. Levene no toma este sendero. Pero tampoco se deja llevar por la corriente interpretativa del materialismo histórico, aun cuando muchos impulsos de su mismo pensamiento pudieran empujarlo. Levene expone con cierta ingenuidad la impropiedad de esta interpretación por falta de manifestación en la historia argentina.

La línea de figuras exponentes de las ideas sociales argentinas se inicia (aquí ya se comienza donde no es el comienzo) con Mariano Moreno. Le sigue Rivadavia, filósofo de la sociología, o, mejor dicho, ideólogo. Es ésta una palabra fiel para el reformador. Luego Echeverría y Alberdi, que subrayan lo económico en lo social. ¿Precusores del materialismo histórico en Argentina? He aquí lo que Levene contesta: no, porque aunque

«destacaron la significación de lo económico en el sistema social, invocaban a Dios y reconocían la influencia eficiente de los factores espirituales, el derecho, la moral, el arte». Acompañan en generación a estas figuras Sarmiento y Mitre, aunque sociólogo en el verdadero sentido de la palabra, lo haya sido solamente el primero.

Finalizan el libro los estudios sobre los contemporáneos: Joaquín V. Gonzales, el continuador de Alberdi, y Juan Agustín García, el más cercano y afín con el autor.

En todos los reseñados va reflejándose el pensamiento mundial tras los cristales, no siempre claros, de lo peculiar argentino. Pero detrás de ellos —aunque el autor no lo pronuncie— queda el pueblo, es decir, el fondo social e histórico, el telón vital sobre el que se destacan los ideólogos y donde se realizan sus teorías. Y ésa es otra historia. La historia que tal vez nos explicaría a Perón y su revolución.

NAPOLEÓN VIERA ALTAMIRANO: *Las fronteras malditas*. Publicaciones de «El Diario de Hoy». San Salvador, El Salvador, C. A., 1947. 160 páginas.

La extraordinaria agitación política en que vive actualmente Centroamérica, sus luchas y golpes de Estado recientes, han hecho que en la misma América y en Europa se denomine a esta región «los Balkanes del Nuevo Mundo». Esta denominación encierra un considerable error, pues falta en Centroamérica la diversidad de religiones, de idiomas y de tendencias nacionalistas que dan carácter a la Península Balcánica de Europa. Las luchas constantes de los países del Caribe comprendidos en el istmo, tienen un significado peculiar, y cuando se le aplican comparaciones para tratar de penetrar más fácilmente en su realidad, únicamente se consigue oscurecer la visión del problema.

Las características de la atomización política centroamericana, sus causas y

sus posibles soluciones, son los aspectos que fundamentalmente trata Napoleón Viera Altamirano en su libro *Las fronteras malditas*, integrado por una serie de artículos publicados en la prensa diaria.

Viera fundamenta el actual separatismo centroamericano en el infantilismo político de sus hombres, es decir, con frase de Stuart Mill, en la «incapacidad de actuar por o con la consideración racional de motivos distantes». «Un campesino —dice Viera— se colma con su aldea. Muchos grandes hombres de Centroamérica han sido, por lo mismo, grandes aldeanos. Han vivido conformes con manejar lo que está a su alcance, a la mano, y de ver en el presente». Por ello aboga por un constante acercamiento e intercambio, una constante trasfusión, entre unas y otras Repúblicas, y, especialmente, por una enseñanza controamericanista, frente al espíritu actual de las Universidades, afincadas en el separatismo.

Aparece ante el autor lo absurdo de la separación actual y busca los motivos de unidad, indagando, primero, cuál es el principio que origina la nacionalidad. Desconfía de «la eficacia o utilidad de esa comunidad religiosa, lingüística, geográfica y racial que se trae a cuenta cada vez que llega el momento de enfrentar intelectualmente el problema de Centroamérica». Se busca por otros caminos la «potencia unificadora». Pero incurre en un círculo vicioso en esta busca, pues la razón de unidad la encuentra sólo en el poder político «uno». Es el poder político quien crea la unidad.

Queda de esta forma el libro carente de su base principal: la íntima razón unitiva que ha de mover a Centroamérica para que sus Repúblicas se federen. No aparece para nada algo semejante a un fin común, a un destino común. El autor busca la unidad —y esto aparece en todo el sentido del libro— como un avance hacia la Federación Mundial. Para él, la Centroamérica unida «no será sino un eslabón diamantino en el enlace a que están llamados todos los pueblos del mundo». Lo «maldito» de las fronteras que dividen el istmo no

estriba en la dificultad que reportan al cumplimiento de un destino común, sino en que, «a fin de cuentas, pienso que cualesquiera otras fronteras desde el punto de vista de la semejanza y comunidad de destinos entre los hombres, son expresiones de barbarie, maldiciones seculares, remanentes de las cosas de ayer cuando hacían la historia el hombre o las tribus a caballo».

En el libro se encuentra, por otro lado, un repetido respeto a las diferencias regionales y una huída, por tanto, de toda tendencia uniformadora. La unidad centroamericana ha de respetar las diferencias y diversidades que la vida política independiente ha ido creando. Esta unidad ha de ir paulatinamente comenzando por dos países —El Salvador y Guatemala—, para después continuar hasta la totalidad del istmo —incluyendo a Panamá y a Belice—. Se defiende la iniciación de la unidad por El Salvador y Guatemala por representar este paso la máxima dificultad, y haber sido ellos los más encontrados tradicionalmente y ser los más poderosos.

Viera señala los errores de las anteriores uniones, que no supieron

aprovechar, con un aparato propagandístico bien montado, el entusiasmo que despierta siempre en todo el pueblo centroamericano cualquier proyecto unificador. Examina las dificultades internas que se oponen al proyecto; pero no estudia con detenimiento las dificultades exteriores, pasando muy ligeramente sobre ellas, con lo que el estudio queda así extraordinariamente incompleto en este punto.

El libro, pese a los fallos que hemos señalado, tiene un gran interés para el conocimiento de los problemas centroamericanos. Suministra numerosos datos y proyectos, comentando especialmente los acuerdos entre los Presidentes Castaneda, de El Salvador, y Arévalo, de Guatemala, que culminaron en el Pacto de Santa Ana de 12 de septiembre de 1946, y en el Proyecto de Unión Confederada de 8 de abril de 1947, cuyos textos se reproducen.

El trabajo contiene, como complemento, otros estudios menores sobre «Una América integral y solidaria», «El problema industrial de la América latina» y «Europa: los Balkanes del Mundo».